

¿Cuál fué su resolución?

¿Cuál fué la respuesta definitiva que dió en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió á abrir? ¿Qué parte de su vida resolvió condenar? Entre aquellos abismos insondables que le rodeaban, ¿cuál fué su elección?

Su meditación vertiginosa duró toda la noche.

Permaneció hasta el alba en la misma actitud, doblado sobre aquel lecho, prosternado bajo el enorme peso del destino, anonadado tal vez ¡ay! con las manos contraídas y los brazos extendidos en ángulo recto, como un crucifijo desclavado y colocado allí boca abajo.

Así estuvo doce horas, las doce horas de una larga noche de invierno, sin alzar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo ó subía á las nubes, ya hidra, ya águila.

Viéndole sin movimiento, se le habría creído difunto; de improviso se estremeció convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Cosette, imprimió besos en ellos, señal de que aún vivía.

Unico testigo de aquel inmenso dolor, era el Ser que ve en las tinieblas.

LIBRO SÉPTIMO

LA ÚLTIMA GOTA DEL CÁLIZ DE LA AMARGURA

EL SÉPTIMO CÍRCULO Y EL OCTAVO CIELO

Las tornabodas son solitarias. Respétase el recogimiento de los novios, y algo también su sueño retardado. La baraunda de las visitas y de las felicitaciones no empieza hasta después. El 17 de febrero, pasaba de las doce cuando Vasco, con la servilleta y el plumero bajo el brazo, ocupado en asear la antecámara, oyó un ligero golpe en la puerta. No habían tirado de la campanilla, conducta discreta en semejante día.

Vasco abrió, y vió al señor Fauchelevent. Introdújosele en el salón, donde todo estaba aun revuelto, y que ofrecía el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la víspera.

—¿Diantre?—observó Vasco,—nos hemos despertado tarde.

—¿Se ha levantado vuestro amo?—preguntó Juan Valjean.

—¿Cómo está el brazo del señor?—preguntó Vasco á su vez.

—Mejor. ¿Se ha levantado vuestro amo?

—¿Cuál? ¿El antiguo ó el nuevo?

—El señor de Pontmercy.

—¿El señor barón?—dijo Vasco, con sus puntas de vanidoso.